

¿No es el título de esta novela un bello y sagaz guiño al *High Noon* (1952) de Fred Zinnemann, película que a los teatros de la América Latina de fines de los cincuenta llegaría con la también poética etiqueta de *A la hora señalada*?

Salvando las distancias, ¿no es José Miguel Pérez una variación andina de Lucio Vásquez?

Es enero. Un hombre de treinta y siete años sueña que está parado frente a una Wurlitzer Baltic modelo 71. Ya no tiene que empinarse para hundir el número 44 del tablero. Los niños, se dice ese hombre delgado en el sueño, son dioses que juegan a señalar los días y los libros.

Juan Esteban Villegas Restrepo es profesor titular del programa de Estudios Literarios y de la maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín.

Manuel Mejía Vallejo: una obra significativa al borde del olvido

Augusto Escobar

El próximo 23 de abril se conmemora el centenario de nacimiento de Manuel Mejía Vallejo (1923-1998) y de una vida bien vivida y recreada en sus obras. Es uno de los escritores representativos de la literatura colombiana y antioqueña del siglo xx, reconocido con premios literarios como el “Rómulo Gallegos”, el “Nadal” y “Vivencias”, entre otros. Su obra es diversa, como lo muestran sus once novelas, seis libros de cuentos, cuatro libros de poesía, cuatro de ensayos y centenares de crónicas periodísticas en su periplo como periodista en Venezuela y Centroamérica. Vale preguntarse si los lectores de hoy, asediados por las tecnologías actuales y la inteligencia artificial, han leído alguna obra de Mejía Vallejo; casi que la respuesta sería

no, porque lo consideran anticuado y solo les interesan las obras del inmediato presente que pronto abandonan por las siguientes. Estos lectores, si es que leen obras de verdad, dependen de lo que les ofrece la era digital como el mejor de los ilusionismos, y es esto precisamente, un espejismo alienante porque todo se vuelve obsoleto al instante. Es la obsolescencia programada, incluyendo lo humano.

Ha llegado la voz del Gran Hermano anunciada en 1984 de Orwell y dentro de poco ya no habrá que pensar porque los *chatbot* lo harán por nosotros. ¡Seremos, felizmente, seres vegetativos! Ya en 1784, Kant lo había advertido en “Sobre la Ilustración”:

la pereza y la cobardía son las causas por las que tantos hombres continúan con gusto siendo menores de edad [...]. Basta con tener un libro que supla mi entendimiento, alguien que haga las veces de mi conciencia moral, un médico que me prescriba la dieta, etc., para que yo no tenga que tomarme tales molestias. No me hace falta pensar, siempre que pueda pagar; otros asumirán por mí tan engorrosa tarea.

Esos otros son ahora los-as influenciadore-s de moda que anuncian qué y cómo debemos pensar y hasta replicar las innúmeras falacias y falsas verdades. También ya está a disposición el nuevo Gran Hermano, el *chatgpt*, para que haga las cosas que deberíamos hacer, realice nuestras “obras de arte”, elabore lo que se necesite sin nuestra firma porque esos *chatbots* serán los verdaderos autores y, nosotros, un cero a la izquierda identificados con una simple combinación de letras y números. Con esta comodidad, ¡para qué ejercitar la razón y ser libres! ¡Eso cuesta mucho! Lo que sorprende de la era digital es que a pesar de todas esas innovaciones tecnológicas, que avanzan con pasos gigantescos, no han humanizado al hombre ni un ápice; por el contrario, basta constatar lo que pasa en el presente: decenas de conflictos intra y extra fronteras, centenares de millones de migrantes y refugiados por las guerras, efectos climáticos y hambre; incremento de las fronteras de odio y de países bajo dictadores, militares, autócratas y gobiernos populistas; desastre climático a nivel planetario, una voracidad irrefrenable e inmoral de las multinacionales y pulpos financieros, etc. Total, hoy la condición humana es casi un eufemismo, porque poco importa cuando se interpone al rendimiento económico. ¿De qué sirven entonces tales innovaciones tecnológicas y tal grado de interconexión global si nos deshumanizan y vuelven marionetas?

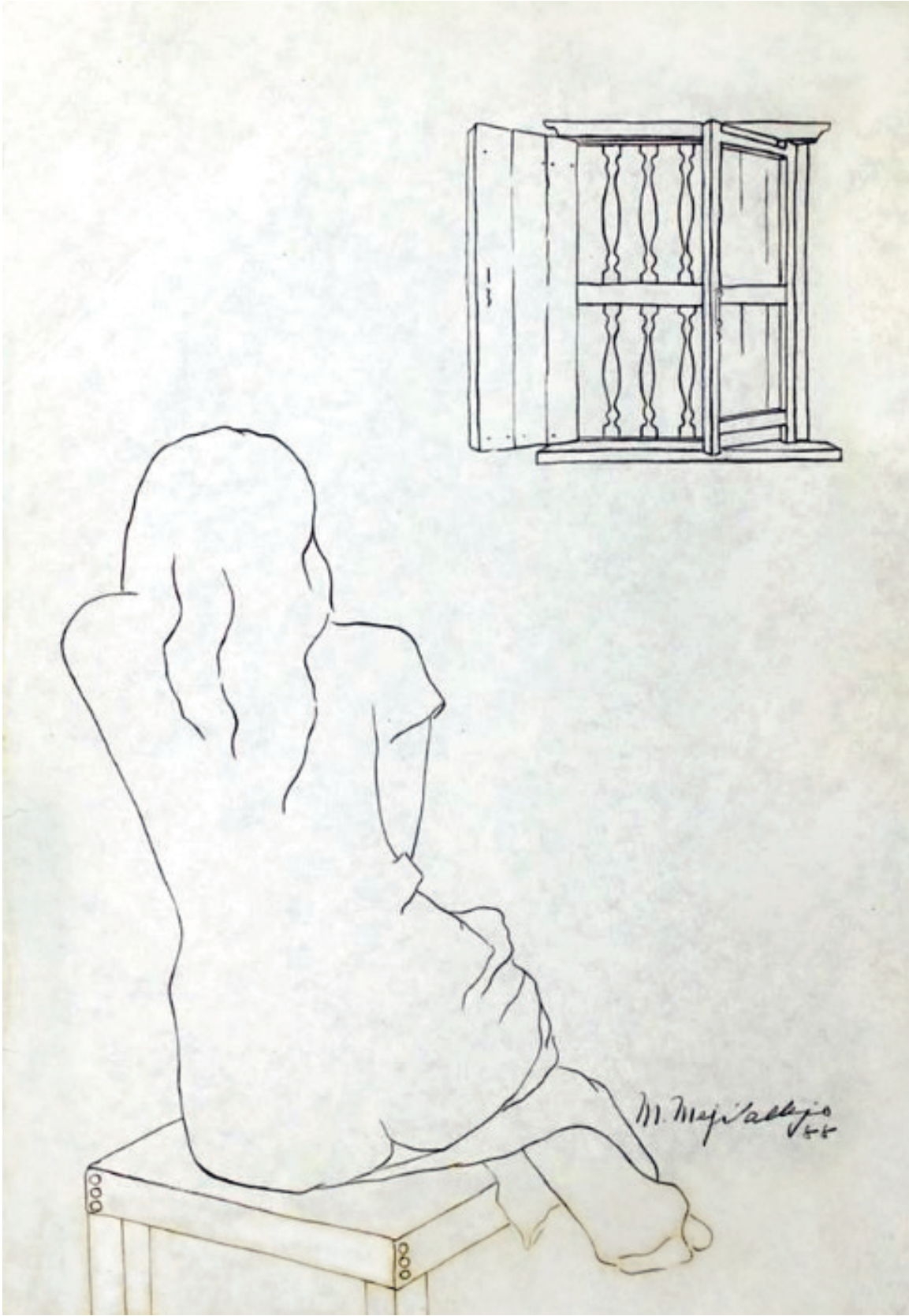
Precisamente, la obra de Mejía Vallejo muestra desde los años cuarenta hasta los ochenta, esa deshumanización y las causas del desfondamiento moral de la sociedad colombiana, propiciada por unas castas minoritarias amorales con poder y en el poder. Basta observarlo desde su primera obra comenzada a escribir a los veinte años, *La tierra éramos nosotros* (1945). Lo que era entrañable y digno ya no es y solo queda el desarraigo. ¿Qué es lo que se observa en todas sus obras con su espíritu crítico?: la avidez de unas minorías, las profundas desigualdades de la sociedad, el abandono institucional del campo y de los pueblos y las mayorías olvidadas que es aprovechado por gamonales de toda índole; el desfondamiento de valores escamoteados desde los púlpitos; las culpas heredadas gratuitamente y las infundadas, entre otros males irremediables. En un breve diálogo en *El día señalado* entre un alcalde militar que ha sometido al pueblo a sangre y fuego en nombre de una ideología y un tendero librepensador, casi que podría resumirse lo que ha sido la sociedad colombiana: se reniega hoy de lo que ayer se ensalzaba y luego se hará lo mismo con el recién llegado mesías remedador de todos los males y, así, sucesivamente:

la inminencia de un caudillo los encegecía, pero si al caudillo a su turno le fallaba la suerte, vivarían al otro porque los entusiasmaba la fuerza por la fuerza en sí, no por el ideal que dejara entrever [...] Nada queda sino la venganza de un lado y del otro, hasta el fin. Los resortes morales se han reventado.

En la obra de Mejía Vallejo se observa una realidad que por lo desbordante rompe cualquier frontera; además, recrea muchas vidas vividas visceralmente y todo lo que las aliena. Es una visión aguda y solícita a tiempos al borde del abismo, construida con un lenguaje que lleva su sello distinti-

vo; asimismo, un ágape para los lectores de historias que parecen brotar de una fuente inagotable y de seres, unos, marcados por culpas de origen que no les pertenecen y, otros, apegados a la vida, pero vida escindida que impide su reconciliación con el mundo y con ellos mismos. Estos seres deben, como Sísifo, llevar desde su nacimiento la piedra de su propia tragedia, pero hacen resaltar su singularidad y también su infelicidad y vocación de hundimiento; son seres que deambulan en busca de algo esencial que no avizoran en el horizonte. Aunque se pensaría que la visión de Mejía Vallejo es la de un escéptico existencial, la de un nihilista, aflora desde el fondo la perspectiva de un humanista convencido que busca resaltar, a través de algunos personajes claves, la reivindicación de valores esenciales, de libertades que no se negocian, de convivencia en armonía con la naturaleza y los congéneres y propender por una vida más digna. Por eso la visión que nos brinda de su tiempo tiene la dimensión de un mural donde el lector puede percibir una compleja red de los caminos trasegados por la sociedad colombiana con sus logros y fracasos, sus muchas contradicciones y no pocas paradojas que la hacen difícil de asir. Mejía Vallejo cabalgó entre dos momentos opuestos y complementarios de la vida social y dos maneras de pensar del siglo xx: la Colombia tradicional, enclaustrada, conventual, caciquil, y la que comenzaba a abrirse a la modernidad, que desacraliza, que opta por una apertura al mundo. Mejía Vallejo es el perro sabueso que busca aquí y allá unas verdades escondidas para revelarlas, al igual que señalar a los autores de la debacle social y moral que bien conoció y padeció en su tiempo. Misma debacle y sin remedio que hoy se observa desde todos los palcos, porque Colombia es un país sitiado por unas minorías energúmenas.

¿Qué es la obra y vida de Mejía Vallejo? Es la de un hombre que sueña sentado en una silla de cantina bajo los acordes de un tango despechado o a la vera de cualquier camino o en medio del tráfico de la ciudad. Es el narrador siempre curioso al borde de un óleo desparramado por la tela haciendo forma o al pie de un despeñadero de una colosal montaña andina. Es el maestro que encanta con el verbo a los amigos en una tertulia sin fin o en un taller o salón de clase. Es el poeta ensimismado dejando ir la imaginación a través de historias y personajes de otros hacedores de palabras, o, asomado mirando al mundo desde una ventana en cualquier lugar del universo. Va oliendo los temas, les sigue la pista hasta formar ovillos que terminan en un solo y compacto nódulo o se ramifican de manera obsesiva. En sus obras, los personajes están siempre emprendiendo un viaje en busca de una esfinge que les revele el enigma que los asola, sabiendo que la respuesta está allende de ellos mismos. No basta una vida para conocer la respuesta, ni siquiera los mismos autores pueden acceder a esos fantasmas que los desvelan, simplemente insinuarlos. Apenas si se intuyen esos espectros que cruzan por la vida fugaz o permanentemente, y siguen siendo lo que son, formas fantasmáticas para que los lectores especulen sobre ellas. De esos fantasmas han nacido, siguen naciendo y nacerán las expresiones más excelsas del hombre y lo que lo dignifica: las artes. Y Mejía Vallejo nos ha dejado eso, su arte, su *ars* poética; es decir, su manera de ver el mundo y la sociedad de su tiempo. Poética mediada por la pregunta, la reflexión, el cuestionamiento, porque toda su obra ha sido un hurgar en la llaga de una sociedad que ha vivido de la simulación y en la total mistificación de un orden de valores supuestamente identi-



Manuel Mejía Vallejo. *Mujer mirando por una ventana*. Lápiz sobre papel. 1988.

tarios. Falacia para adormecer y controlar que Mejía Vallejo busca poner patas arriba.

Sus obras, plagadas de sus demonios interiores y obsesiones personales, son el testimonio de su lucha ante un mundo con sentido de arrasamiento total. A través de esos espectros que le agobian, combate ese sentimiento de desaparición que lleva el hombre consigo mismo, buscando afianzar la idea de que la muerte del autor no es la muerte de la obra, sino la garantía de su presencia en el patrimonio cultural de una región y de una nación. Pocos escritores han dedicado tanta vida a un oficio, el de magnificar las palabras que no significa única y exclusivamente sublimación de estas. Él ha sabido jugar con ellas y conjugarlas, doblarlas a su arbitrio, darles nuevo aliento, inventarlas, rebujarlas hasta lograr sus más inusitados y recónditos sentidos. En Mejía Vallejo se conjugan de manera singular el arriero y el colonizador, el pragmático y el utopista, el creyente y el racionalista, el pensador sin respuestas. Este encantador de palabras y trovador de la realidad les ha dado un toque de distinción a los seres y a las cosas de su entorno, a la vida menuda y a los seres cotidianos que pasan intrascendentes ante nuestros ojos, pero que a través de su pluma se engrandecen.

Con esta somera visión de la obra de Mejía Vallejo intentamos responder a la pregunta de Hölderlin: ¿para qué poetas en tiempos de penuria moral? Mejía brinda una visión de su sociedad como pocos de la segunda mitad del xx, que era la de todas las ilusiones, pero fueron vanas. El valor de su obra fue un salir a la calle y tomar partido por el hombre y sus combates y, sobre todo, un despertar “la esperanza en el alma humana”. No pocos de sus poemas e historias

son pequeñas iluminaciones que él va dejando caer aquí y allá para que permanezcan siempre entre los espíritus libres. Por eso en tiempos de vacilación y oscuridad, como sugería Hölderlin, la poesía brinda “la divina ebriedad del éxtasis y el olvido, / y el inagotable verbo que, como el amor, / nunca se adormece”. Ese es el efecto real de la obra de Mejía: servir de lenitivo y de memoria ante el irremediable olvido. Las palabras de Neruda esclarecen mejor lo que fue la vida y obra de Mejía:

la vida y los libros, los viajes y la guerra, la bondad y la crueldad, la amistad y la amenaza hicieron cambiar cien veces el traje de mi poesía. Me tocó vivir en todas las distancias y en todos los climas, me tocó padecer y amar como un hombre cualquiera de nuestro tiempo, amar y defender causas profundas, padecer los dolores míos y la condición humillada de los pueblos [...] El honor de la poesía fue salir a la calle [...] No se asustó el poeta cuando le dijeron insurgente. La poesía es una insurrección [...] La vida sobrepasa las estructuras y hay nuevos códigos para el alma. De todas partes salta la semilla, todas las ideas son exóticas, esperamos cada día cambios inmensos, vivimos con entusiasmo la mutación del orden humano: la primavera es insurreccional [...] Los poetas odiamos el odio y hacemos guerra a la guerra.

Augusto Escobar es profesor en la Universidad de Montreal en Canadá. Ha publicado, entre otros, los libros: *Manuel Mejía Vallejo (1923-1964): vida y obra como un juego de espejos*, *Las búsquedas literarias de Héctor Abad Faciolince*: Angosta, El olvido que seremos, El amanecer de un marido y *La oculta y Lectura crítica de Toá y Mancha de aceite: búsqueda identitaria en César Uribe Piedrahita*.